

EL CALVARIO ESPAÑOL

LUIS CARANDELL

PARECE que se confirma lo que nos temíamos: lo nuestro es el calvario. Desde Séneca, que lo veía ya todo muy negro, hay una ininterrumpida tradición de pathos ibérico que tiene en la Semana Santa su más acabada expresión plástica. Gregorio Hernández y otros imagineros hicieron, con la materia de esta tribulación, un gran arte. Cualquier teoría de España debiera tratar de determinar si no hay un cierto gusto, una cierta delectación en la contemplación de la tragedia, si las devotas del Cristo de las Claras —este Cristo de mi tierra es tierra— unamuniano— no la gozan contemplando los jirones de piel humana de la imagen del convento palentino.

El lenguaje extra académico, que es el lenguaje, capta muy bien el valor de los símbolos. Cuando en alguna parte algo no va bien, se dice que allí «se ha organizado un cristo». No hay en ello falta alguna de respeto a las divinidades y sólo se aspira a describir, mediante la invocación de la lacerada imagen, la crucificada realidad de las cosas. Un «cristo» no suele acabar bien, como su nombre indica y la vida española, tan cambiada en los últimos veinte años, tan renovada, tan esperanzadora —la esperanza, dice un personaje de Machbeth, es el único alimento del pobre—, no ha dejado por alguna razón de ser un «cristo». Y lo malo es que esto sigue complaciendo a alguna gente.

Cualquier observador de la vida española, sin embargo, deberá reconocer que nunca la ciudadanía del país se había mostrado menos desgarrada que ahora. Si el desgarrar sigue siendo reconocido oficialmente en las entrañas de la convivencia, será porque a alguien le interesa que la convivencia siga desgarrada. Pero sólo una minoría exigua, aunque desgarradora, está empeñada en ello. La inmensa mayoría y también las inmensas minorías de que el país se compone, han firmado el fin de la discordia. La democracia no es en España sólo una palabra, es para la gente una honda convicción, siquiera sea por reducción al absurdo.

Hay signos inequívocos de esta sincerísima vivencia democrática. Casi nadie, hoy, en el debate o en la calle, contesta al interlocutor que ha expuesto opiniones contrarias a las suyas sin advertir que «respeto todas las ideas». No hay enfrentamiento por las ideas, parecería disparatado, absurdo, cosa de otras épocas, pensar en matar por ellas. Sigue habiendo crímenes, pero son en su abrumadora mayoría pasionales, personales, y es como buscar una aguja en un pajar tratar de encontrar un crimen que tenga contenido político.

Hasta los terroristas, en los últimos tiempos, parecen temer hacerse impopulares con sus acciones, aunque su «deformación profesional» les haga difícil el intento de desandar el camino emprendido. No hay crispación ni tensión en la vida cotidiana de la gente. El ciudadano no desea ser ya sayón ni nazareno como no sea por tradición festiva. Han caído en desuso los látigos, las disciplinas, los cilicios. Ya no se lleva navaja, si no es en meriendas campestres.

Y entonces, ¿por qué aparece día a día en los periódicos la desgarrada realidad de España? En la conciencia de la gente no hay ya esas «dos Españas» que reconocía Machado. Don Antonio, si viviera, corregirla sin duda su verso. Ya no es cierto que «una de las dos Españas» haya de helar el corazón a los españolitos. Sólo una exigua, residual aunque heladora minoría, que apenas merece llamarse España por mucho que ondee, excluyente, su bandera, trata hoy de helar ese corazón colectivo. Entonces, ¿por qué?

Pienso que se está volviendo a producir entre nosotros aquello que tantas veces señalamos en las últimas épocas del franquismo. Hay un divorcio profundo entre la España real y la España oficial. Esas son de verdad las dos Españas que intentan vanamente reconciliarse. Hay un muro entre la sociedad y los políticos que pretenden gobernarla. Los políticos suelen ser los últimos, como buenos profesionales que son en lo suyo, en darse cuenta de lo que a su profesión más importa. En saber qué piensan los ciudadanos, a qué aspiran. Sus intereses «políticos» les han hecho hacer de

la política una pieza separada de la vida, como si fueran cosas diferentes.

El desgarrar que hoy dramatiza los titulares de los periódicos no es un drama que tenga en la sociedad sus raíces. Son los partidos los que se desgarran, mucho más de lo que lo han hecho los mismos que los votaron. Han crucificado a Suárez para que la fundación de la Gran Derecha coincida con un drama sacro. Y han convertido en llorosos nazarenos a los disidentes del PCE, no como castigo a una rebeldía, sino en prosecución de una política iniciada hace largo tiempo. Ni los votantes centristas ni los votantes comunistas aspiraban a presenciar tan cruenta función. Acaso los dirigentes piensen que la sociedad española sigue necesitando el drama. Se equivocan. Como no sea por mantener las tradiciones, ya no interesan entre nosotros, los espectáculos de Pasión.

Todo parece consistir en lograr que la política se parezca cada vez menos a la sociedad. Han rebajado los techos autonómicos que prometieron construir. Han planeado recortar las libertades. Robles Piquer va a hacer, y ya hace, una televisión y una radio que tenga cada vez menos que ver con el país al que van dirigidas. ¿Por qué ha de reflejar la pequeña pantalla la realidad, si la realidad es lo que refleja la pequeña pantalla?, parece estar pensando este veterano experto en realidades.

Mientras tanto, los insaciables gatos del gopismo siguen dispuestos a saltar sobre la presa. «¿Qué prefiere, un golpe duro o un golpe blando?», preguntan ahora en su «carta» de golpes. Pero no se comprende qué otro golpe necesitan dar a la golpeada gente del país. Lo suyo parece ser el golpe por el golpe, sin embargo, y en ello están, mientras gritan vivas a una España que no es España más que en su mente.

Lo nuestro es el calvario, pero hoy somos mayoría inmensa los que nos negamos a vernos convertidos en una doliente procesión, los que nos preguntamos hasta cuándo la democracia será un proyecto inacabado, una hermosa maqueta que alguien quiere ver olvidada y cubierta de polvo en el desván. ■